

Estudiaste en Salamanca

Por José **Luis Rodríguez Lara, L' Estany. Enero 2022**

Estando en la universidad de la capital, en el patio del enhiesto surtidor y las verdes colocasias, se me acerca una joven monja y me dice sin preámbulos y con una amplia sonrisa. – “Te viniste de Salamanca”. Parece que quería saludar. Tenía cara de estudiante, pero yo vi una monja. – “Perdone, hermana, creo que se confunde”. – “Sí, hombre, tú y yo coincidíamos en la cátedra de César Real de la Riva. – “Perdón otra vez”. La monja estremecía su elegancia azul y su mocedad. – “Conozco al profesor de la Riva, pero no he estado en Salamanca nada más que de turista”. Bajita y pizpireta, acaso contrariada, la monja azul se alejó.

Pasa tiempo, el necesario para que un día te mires al espejo y no te reconozcas. Entonces ocurre que vas y te cambias de espejo a ver si es que aquel sandio se ha equivocado y en cuántos años. Actitud vana. Los dos espejos con mala leche se han confabulado contra ti.

Vestía de raro estilo, poncho incluso en septiembre, sombrero enorme, destartalado, torcido, combinación de colores chocantes en la blusa, la rebeca, la chaqueta y el jersey, tejanos siempre hasta en reuniones formales, sentada aparte, pero donde todos la vieran y oyeran sus frecuentes peticiones de palabra y sus opiniones pocas veces relacionadas con el debate y de proyectos siempre irrealizables. Tenía un pensamiento muy personal de lo que debiera ser la educación, si lo tenía; era increíble. Repetía no ser profesora o educadora, sino enseñante y lo decía dejando escapar una g gutural sin duda aprendida de algún pueblo del *Midi*. En todo tiempo se gastaba unos antiguos chapines muy originales, nunca vistos, quien sabe si repescados en alguna feria, mercadillo o jueves. A veces le colgaba del cuello una corbata *dezigual* que no pegaba. Usaba una bolsa con más aspecto de contener frutas y verduras que libros y apuntes. Consumía perfumes raros, ácidos, chocantes, que no atraían ni olían bien. Mujer de edad joven, esbelta estatura y buena mollera.

En su apartamento, que lo visité varias tardes, las telarañas tejían impunemente contra moscas y mosquitos, los postigos permanecían cerrados, con ambiente a media luz, casi en tiniebla. Huía del sol y la luz. Prefería la luna y la noche. Le gustaban los gatos, pero no los perros. Un búho o una lechuza, no me acuerdo, medio domesticada paraba en su percha. Polvo por todas partes, grasa en la cocina con un revuelto de cazos, ollas, platos, tazas y vasos poco parejos. En la entrada de

la cocinilla colgaba un letrero raro. Decía: “El cielo no es aquí”. Los christmas de Navidad colgaban de la puerta un año encima de otro, pegados con brea. La cama, revuelta, quedaba atravesada en la alcoba, la bañera y el lavabo ricos en pelos mojados y secos. Repetía que lo suyo era pensar y leer. Leía mucho, tanto en inglés como en francés. En inglés leía a Tolkien, Rowling, Lewis, Lawrence, Orwell... y eestaba al día del *nouveau roman*, Robbe-Grillet, Butor, Sarraute, Claude Simon, Duras... Ella y yo coincidíamos en la idea de lo que ha de ser la esencia de una novela, narrar, narrar y narrar. –“No es un mundo donde todo legítimamente quepa”, razonaba ella. En su cuchitril había libros por la estantería y por todas las sillas. Cuando llegabas allí, el timbre no funcionaba y el interruptor de la luz tampoco, que estabas unos segundos dándole vueltas hasta que por fin se encendía. Sin embargo, aquel era un lugar cálido, acogedor.

Era septiembre y me había incorporado a mi nuevo centro, que había sido antes una institución de caridad y estaba rodeado de jardines. A falta de empleados, los profesores y los alumnos subimos y colocamos el mobiliario: sillas, mesas, tarimas y pizarras. Había ventanas con robustas rejas que denunciaba que en el pasado el edificio había sido un centro de represión. No debió de ser un centro agradable para los que un día estuvieran allí albergados. El director, tan nuevo como el resto del profesorado, había instalado un gran mural con un montón de normas, pues acaso temía que la dirección se le fuera de las manos.

Agarraos. Lo cuento como lo he vivido. En mi nuevo centro, estando delante del tablón de anuncios, averiguando mi horario de clases, en una sala solitaria, donde sólo rumoreaba muy cansado un viejo reloj, descubrí a una mujer treintañera, el cabello teñido de pajizo intenso. –“Hola, soy Refugio Molina, profesora de clásicas ¿Me recuerdas?”, y sin mediar más me dijo algo que me dejó atónito y que nunca olvidaré. –“Te viniste de Salamanca. Acaso no te gustaba el ambiente”. –“Oye, compañera, que te equivocas; yo no he sido nunca alumno de Salamanca”. –“Sí, hombre, sí, -insistía-, sí, claro que sí, lo que pasa es que por algo no quieres recordarlo”. “¿Mi nombre, ¿Refugio, nada te dice?”. –“Pues no; yo me llamo Lara y me han destinado a este nuevo centro como profesor de literatura”. Replicaba – “De eso aún me acuerdo, que ibas para literatura, nos conocimos en comunes. Lo que ocurre es que me han pasado tantas cosas y llevo ahora tal facha, que ni los amigos me reconocen”. Entonces me acordé de aquella monja con hábito azul de años atrás que se me había dirigido en la Facultad de Barcelona. ¡Qué confusión y qué embarazo!

Dicho lo suyo, la profe de clásicas se salió al jardín con vivaz taconeo. A medida que andaba iba inventando olas con la cintura. El jardín era sombrío, húmedo y viejo, pero evocador. La miré un momento por la ventana y enseguida la olvidé, pero la historia no se me acabó aquí.

Días después, hubo claustro de profesores. Hacía calor y me aparté del sol, que entraba sin estorbo por una ventana y, mira por donde, fui a caer al lado de la profe de marras. El director tomó la palabra y seguido Refugio también, pero ella en voz baja. –“¿Ya me has recordado de Salamanca?” –“No, lo siento”. –“Éramos algo más que amigos”. –“Mujer, que no estudié en Salamanca. Alguien puede parecerse a mí”, me excusé. –“Yo estaba en una residencia de monjas azules y después de las clases tú me acompañaste alguna vez hasta el portalón”. Era una mujer de vengas de hablar. Empecé a ponerme nervioso. Ya alejado, analizaba el absurdo: “Yo estudiante en comunes de Salamanca, una monja de hábito azul, ahora ésta de clásicas, una residencia de monjas azules, el portalón...”. Total, que se me fue el apetito.

Pero quedé tocado de curiosidad y me hice el encontradizo. –“La vida no me fue muy bien, tuve algunos tropezones de esos que te marcan ¿sabes? Al final, después de haber profesado en Oxford, me vine aquí. Ni Asturias, mi tierra, ni Salamanca, ni Francia ni Inglaterra me han ido bien y me temo que aquí tampoco me vaya”. Sentí ternura, había claridad en su voz.

Por los pasillos del centro nos volvimos a encontrar muchas mañanas. Una vez se me pone delante y dice con desparpajo –“Si libras el recreo, te invito a un café”. Acepté. –“Echo las cartas, a quien se deja ¿te las echo?”. –“No, no, no creo en esas cosas”. –“Las echo en serio, y nadie se iba a enterar”. El rincón de la cafetería quedaba medio en penumbra y el local casi vacío se prestaba. Se sacó de debajo del poncho morado la baraja del Tarot y discretamente fue colocando las cartas sobre la mesa, en silencio y con ademán grave. Las echaba lentamente, como un rito, me miraba, sonreía, echaba... De pronto ¡qué vergüenza! lanzó un agudo y potente grito que asustó a los camareros. Se había destapado una carta. No sé cuál. Yo no conocía sus dibujos. Empujó violentamente la mesa, tumbó un café, se levantó, buscó con desespero la puerta, la abrió de un tirón, dio un portazo violento y sonoro y salió. El asombro me dejó inmóvil. Pero ¿qué ha pasado? Pagué el café de los dos y salí a la calle. Refugio había desaparecido.

A la mañana siguiente la busco en la sala de profesores. El conserje me dice que aún no ha llegado. Espero en el pasillo, avanza su tiempo de clase y Refugio no aparece. El profesor de guardia toma nota de su ausencia. Refugio no apareció en todo el día, al día siguiente, tampoco y al otro ya era sábado, pero es que el lunes tampoco apareció. El director llamó entonces a la inspección y ésta lo hizo a la policía. Al cabo de unos días Refugio apareció. La policía la encontró en un hotel de Ibiza, desnuda y estirada en la bañera bajo los efectos del alcohol o de alguna sustancia rara.

Nunca más he sabido de ella.

